

He venido a China, invitado, con mis compañeros de delegación, a las fiestas del X aniversario de la liberación. Pocas veces he sentido emociones tan interesantes como las que este gran país me ha separado. He vivido unos días inolvidables. Me llevo de China una imagen de profunda alegría, de jubilo y esperanza. Durante este tiempo he viajado por algunas provincias, he visitado algunas de las ciudades más importantes, algunas de los principales centros de producción y de trabajo, y he podido comprobar los pasos gigantescos que China está dando en la construcción del socialismo; he podido comprobar, con una constante febrilidad, el maravilloso entusiasmo de la juventud china, que está levantando entre sus brazos una nueva patria sin sombras, y sin explotadores.

China es hermosa desde cualquier lado que se la contemple. Es hermosa en el vasto escenario de sus montañas, en el melancólico espejo de sus lagos, en sus valles y en sus litorales; en sus monumentos antiguos y en las viejas reliquias de su genio artístico. Pero acaso es más hermosa todavía cuando se la ve insurgir de un pasado milenarista, con la estrella del socialismo en la frente, asistida por millones de jóvenes, por hombres y mujeres, que están asombrando al mundo con sus realizaciones. Los sueños del pueblo chino, perdidos durante tantos siglos bajo las bóvedas de los templos, se están haciendo concreción ~~plasmante~~ ^{radiante} a lo largo y a lo ancho de esta tierra generosa.

En las montañas de Yenan, acompañando a Dolores Ibarruri y otros camaradas españoles, he vivido la historia de las últimas luchas revolucionarias del pueblo chino, conducido por el Partido Comunista. En la Terraza de las Flores de Floss en Nankin y en el Jardín Rojo en Cantón, me he inclinado ante la tierra donde los héroes comunistas chinos supieron caer con honor defendiendo la causa más alta, bella y humana de cuantas pueden defender los hombres. Y en todas partes, en fábricas y universidades, en comunas populares y talleres, en los ríos prodigiosos, y en los nuevos caminos abiertos en la tierra, he escuchado la palpitación unánime de un pueblo dispuesto a establecer para siempre la aurora de una vida fecunda, saludable y creadora.

Antes de dejar el país, quiero expresar al pueblo chino, al Partido Comunista y al camarada Mao Tse-tung - unidos por un mismo sentimiento de grandeza y de superación - mi más entusiasta felicitación y mi gratitud sincera. En China he sentido el verdadero calor del internacionalismo proletario y he recibido enseñanzas de incalculable valor, que me servirán, en lo inmediato, para contribuir más vigorosamente a la lucha que libra el pueblo español por su libertad.

Antes de dejar el país, quiero también dedicar desde aquí un emocionado recuerdo a mi patria, España, a mis hermanos del interior que se oponen a la dictadura franquista, y a nuestros presos políticos que aún esperan la amnistía que los devuelva a sus hogares. Pido al P.C. de China y al todo el pueblo chino que levanten su voz autorizada exigiendo la libertad de nuestros presos. Símbolo heroico de todos ellos es Simón Sánchez Montero, miembro del B. P. del C. C. del P. C. de España, torturado y encarcelado hace meses y para el cual escribo, a raíz de su prisión, el poema que a continuación voy a leer.